

Entre la taberna y el lenguaje

Este infierno mío

JULIÁN MALATESTA

Penguin Random House Mondadori,
Bogotá, 2017, 410 pp.

LO PRIMERO que me viene a la mente tras la lectura de un libro como *Este infierno mío*, novela de Julián Malatesta (seudónimo de Juan Julián Jiménez, nacido en 1955, en Miranda, Cauca), es el recuerdo de una canción, quizá producto de los muchos boleros, poemas y ejercicios narrativos que Malatesta pone en escena desde una propuesta declaradamente experimental, o quizá por su manejo del lenguaje en esta especie de antinovela que espera, más que narrar una realidad, presenciar el devenir de la guerra de manera sui géneris y siempre mirando a sus personajes más que a los acontecimientos una y mil veces narrados en la literatura colombiana reciente: un libro que sobrepasa el cauce canónico de lo narrativo para abrirse camino como una conversación de cafetín.

La canción que me viene a la mente es “Maestra Vida”, la oda triunfal de una ópera salsa del panameño Rubén Blades, compuesta por quince temas musicales hilados en la historia de tres generaciones y cuyo pretexto es la charla de cantina entre contertulios de barrio que van trayendo a la memoria el recuerdo mientras el licor unge la extensa juerga de sus vidas. De la misma manera *Este infierno mío* empieza por mostrarse, a manera de continuo soliloquio a varias voces, desde el ir y venir de anécdotas que cantan la diaria tragedia de un grupo de hombres y mujeres (Alirio, Domingo, Arcadio, Pascasio, Teodocio, Miguel...) que cuentan, a garganta llena y de manera a menudo coloquial y bañada por la ocurrencia y la risotada sin sordina, los vaivenes de vidas corrientes y sin embargo atravesadas por el común denominador de la violencia. El papel que cumple la música aquí no es para nada accidental. Desde un principio, y de manera bastante copiosa, Malatesta experimenta festivamente —tal vez para congraciarse con la nostalgia de bullerengues, boleros, tangos o milongas como detonante de cada

anécdota— con cancionistas del corte de Leonardo Favio o Daniel Santos, incluso de la mano de un locutor algo pintoresco que anuncia de repente: “¡El bolero en casa!”, justo antes de que se transcriban estrofas y estrofas de canciones, algunas reales y otras invenciones suyas en el relato.

Quienes narran son ante todo los mismos contertulios, sentados frente a un cenicero y una botella de Ron Montilla semivacia. Personajes retratados con naturalidad pasmosa que liban sus miserias mientras los muchos entuertos y chismes de *Este infierno mío* desfilan por sus páginas para dejar su tufillo a nostalgia, a pérdida, a deseo, a muerte irresoluta, a bochinche y tropel de borracho: a trópico quemado por la eterna confrontación entre el amor y la desesperanza. Sin embargo, no se trata aquí de la Cali en la que viviera Malatesta, sino de la Ciudad de los siete ríos, urbe imaginada que le sirve para salirse de la precisión demográfica en pos de su realidad *reconfigurada*, y así no estar obligado a novelar desde el hecho real. Más bien, se trata —parafraseando un poco lo que el autor ha enfatizado en algunas entrevistas recientes— de construir un mundo particular desde el hecho literario.

A partir de fragmentos de historias que le ayudarán a Malatesta a plasmar el espíritu de este “caserío ancestral”, en la novela convergen el relato de la guerra y el cuadro de costumbres de una comunidad asediada por la muerte y por su propia y variopinta idiosincrasia. Las escenas en burdeles o el contar crudamente momentos de cama, no con erotismo sino con descarnado “naturalismo”, le permiten hablar sin tener que recurrir a palabras artificiosas. De allí el valor que este libro tiene desde su sincero manejo del lenguaje:

Se acercó un poco más al espejo, se cogió los senos desde abajo, trepándolos, meciéndolos en un arrullo. No se miraba, cerraba los ojos, las ubres se salían del sostén, enseñaban su volumen. Se levantó, a mí me falta es hombre, dijo. Se agarró las nalgas con arrebato y se aventó a la cama. Acarició de nuevo su pecho y encogió con suavidad las piernas. La luz entró con sus pinceles en la pequeña tolda improvisada de su falda. Las piernas se rozaron como

serpientes que buscan acomodo en el frío, se revolcaron. (p. 25)

A partir de una historia principal que habrá de desplegarse en muchos ríos temáticos, se nos cuenta la vida y vicisitudes de un comandante de La Fuerza (el nombre que Malatesta ha dado a la guerrilla), su hijo y su mujer. Tras bastidores, las vidas de militares y personajes que configuran (aunque no como islas) otras historias dentro de la gran historia del libro. No existe pues en *Este infierno mío* un hecho narrable bajo la lupa de la historia que le brinde al libro el carácter efectista y coyuntural que otras obras recientes pueden tener como documentos fieles a la realidad colombiana. De hecho, el simple cambio semántico en aquello de “La Fuerza” permite algo de distanciamiento, necesario a ratos para no tabular la novela y perder de vista el razonamiento ulterior de su autor al escribirla: valerse de la guerra para subrayar psicológicamente diversos aspectos de sus personajes y permitirles a estos hablar desde los monólogos y diálogos que componen el libro —incluso pueden hallarse en él supuestas transcripciones de entrevistas televisadas y hasta recetas de cocina—, desde el dimensionamiento estético de una cotidianidad en todo caso cercana a la típica postal del trópico colombiano: mosquitos, habladurías y guacherna aguardientosa.

En todo caso, su valía reside en el hecho de sobrepasar el conflicto como tema para dibujar un paisaje subjetivo frente a este; incluso la violencia pasa a un segundo plano cuando se trata de enfrentarnos a la vida y caracterización de sus protagonistas. Son ellos parte de un puñado de personajes que exudan una personalidad desbordante o que son apenas esbozados en el decurso de cada historia relatada, a la que por lo general asistimos como quien presta oído a lo que se murmura en una mesa cercana. Sin embargo, el estereotipo es un lugar muy visitado en la novela, tanto por la forma en la que cada quien es delineado desde su género, situación social o proveniencia geográfica, como por el contexto en el que suele entrar en escena y las situaciones turbulentas o trágicas que describe. Algo que resulta muy difícil evitar, sobre todo por tratarse de un libro que

destaca (valga aclarar, no tanto caricaturizando o rotulando groseramente) el carisma idiosincrático de una ciudad que, aunque medianamente inventada, no deja de recordarnos a los nuestros, bien sea en Cali, la costa Atlántica o el interior del país.

También las mujeres cargan el estigma de siempre y su lugar dentro de estos relatos tan peregrinos sigue siendo el mismo: una mujer que es el objeto de deseo dominante; una mujer alimentando de manera resignada a sus hijos, mientras su marido anda en correrías militares o de parranda; la mujer que se exhibe o trabaja con su cuerpo por dinero; así como aquella siempre vulnerable frente a los hombres y cuyo papel dentro de los diálogos no es más que el de una buscadora de chismes, casi nunca el de una válida interlocutora. Como en la charla de cantina que abre el libro, los hombres suelen pernoctar en burdeles de toda índole: caso del bar Yambé, lugar de mala muerte atendido por “maliciosas mujeres, voluminosas o escuálidas, de rabos grandes o enjutos, pechos robustos, desafiantes o apenas visibles, prudentes o necios” (p. 338), y en donde solo se encuentran “muchachas longevas”, “niñas de cabellos grises”, que por lo general atienden “trabajadores pensionados o prontos al despido”, buscando en todo caso el bello arte de la conversación. Estas mujeres, que acaso responden a la intención de verosimilitud y a un respeto por un trasfondo sociológico eminentemente machista, permanecen aisladas en el discurso. Pero quizá hubiera sido conveniente —con eso de no someterse del todo a la realidad— que el autor buscara alguna con la que fuera posible construir un personaje femenino aguerrido y poético en un sentido puntualmente literario. De hecho incluso una mujer victimizada, la mujer vulnerable, es la que descubre desde un principio la cortina de la realidad nacional en *Este infierno mío*, a partir de la mismísima primera frase del libro: “¡El que le toque el culo a mi mamá lo mato!”

Carlos Andrés Almeyda Gómez